

—Voto tengo hecho yo tambien al Señor de no quitarme las armas ni comer pan á manteles mientras esté en peligro mi señora la buena reina doña María.

—Cumplamos, pues, nuestros votos, dijo el ermitaño.

Zayda Fatima se echó armada en el lecho, sin quitarse mas que el almete y el capuz, y el monje negro se tendió en el suelo á los piés del lecho.

VII

... su gente. Allí á las márgenes de la laguna del Arroyo...
...contarse alguna voltereta y alguna cara mejor...
...que trajo desde hace cuatro dias montada desde por la mano...
...na basta que se han hecho pasturas piexas, lo cual es difícil...
...porque esto está espallado...
...—Corso lo está todo el reino, dijo el ermitaño...
...Zayda Fatima. Culpa es esta de las ambiciones de todos...
...seria y la peste devoran tantas lances hambrientas...
...se ve, tantos años de guerra civil, tantas lances hambrientas...
...devoran insaciables los tributos; la tierra yerma y esteril como...
...la conciencia de los ambiciosos; ¡oh, Dios mio, Dios mio!

CAPITULO XI.

EN QUE SE ACLARAN ALGUNOS PUNTOS OSCUROS DE LA HISTORIA DE ZAYDA FATIMA.

I.

Rendidos por la fatiga y por los acontecimientos de aquella noche, Zayda Fatima y el monje negro se durmieron, y no despertaron hasta muy entrado el dia, cuando el sol estaba ya cerca del primer tercio de su carrera.

El primero que despertó fué el cenobita.

Se levantó, se prosternó y oró.

Aún no habia acabado de orar, cuando despertó Zayda Fatima, se incorporó, se persignó, se alzó del lecho, se arrodilló junto á él y oró.

Cuando se levantó, se caló el capuz de mallas, se ciñó el casco, tomó una ballesta y una venablera, y dijo al ermitaño:

—Vamos á buscar el pan nuestro de cada dia, y á hacer que nuestra gente lo busque: una de las obligaciones mas difíciles de un capitan en los malos tiempos es atender al mantenimiento de

su gente. Allá á las márgenes de la laguna del Abrojo suele encontrarse alguna volatería y alguna caza menor: esta es la vida que traigo desde hace cuatro días: montería desde por la mañana hasta que se han hecho bastantes piezas, lo cual es difícil, porque esto está esquilado.

—Como lo está todo el reino, dijo el ermitaño bajando tras Zayda Fatima. Culpa es esta de las ambiciones de todos: la miseria y la peste devoran los reinos de don Fernando el IV. Ya se ve, tantos años de guerra civil, tantas fauces hambrientas que devoran insaciables los tributos; la tierra yerma y estéril como la conciencia de los ambiciosos: ¡oh, Dios mio, Dios mio!

II.

Zayda Fatima tocó llamada con su bocina.

Al poco tiempo estaban reunidos alrededor de ella sus aventureros.

—Veamos cuántos nos faltan, dijo Zayda Fatima.

—Seis, capitán, respondió Alfon Gil. Anton Correa, Pedro el Tuerto, Garcerán Lobo y Lope Illescas, muertos anoche en los Peñascales: y Farfan y Ciervo-veloz, ahorcados por su culpa.

—Somos, pues, veintidos.

—Eso es, capitán.

—No importa: aún me queda oro, y despues de enviar un correo á su señoría la reina mi señora, iréme yo con carta suya, que me otorgará, á levantar bandera á Medina del Campo ó á Arévalo.

—¡Bien! ¡bien! exclamaron todos los aventureros.

—Estamos sin alférez, dijo Zayda Fatima: yo os nombro mi alférez, Alfon Gil: llevad desde hoy el estandarte de la compañía.

—Gracias, muchas gracias, capitán.

—Vos, Gutierre Mesa, sereis mi proveedor, oficio que ha quedado vacante por muerte de Farfan; id ahora á la Cruz del

Camino con cuatro hombres; descolgad á aquellos desgraciados, y dadles sepultura al pié de la cruz: los restantes tomad vuestras ballestas, é id á ver lo que la suerte nos depara para el sustento de hoy. Partid.

Los aventureros se dispersaron, y desaparecieron á poco en distintas direcciones, á través de la selva.

III.

Zayda Fatima y el monje se encaminaron por entre el espeso pinar hácia las lagunas.

A poco que anduvieron, el monje se detuvo.

—Esperad, dijo: me parece que siento á una res mayor hácia la izquierda. ¿No habeis oido un pequeño bramido? es el ciervo celoso.

Zayda Fatima se detuvo, armó la ballesta y se preparó.

A poco, por la izquierda, por un estrecho sendero abierto entre la espesura, apareció un gallardo ciervo, oteó, vió á Zayda Fatima y al monje negro á pesar de que estaban inclinados, recogidos; dió un bote y se revolvió violentamente para escapar.

Pero en aquel momento se oyó el chasquido de la ballesta, el zumbar de una jara, y el ciervo dió un nuevo terrible salto, lanzó un bramido de dolor y cayó.

La jara habia entrado hasta la mitad bajo su brazuelo izquierdo.

—Dios ha hecho los animales de las selvas, las aves del aire y los peces del agua para el mantenimiento del hombre: cúmplase su voluntad; pero siempre me ha dolido la muerte de un pobre animal.

—Dios lo quiere, dijo el ermitaño.

Y adelantaron hácia el lugar donde estaba el ciervo agitándose en sus últimas convulsiones.

—Mal montero soy yo para acabar de hacer la pieza, dijo Zayda Fatima. Siempre estas últimas operaciones las hacian los monteros de mi padre.

—Gran montero fuí yo en mis tiempos, dijo el ermitaño: dadme vuestro puñal, que ya nos servirá á falta de cuchillo: es necesario que no pase mucho tiempo sin degollar á la res.

Zayda Fatima dió su puñal al monje.

Este se acercó al ciervo, se inclinó, apoyó el muñón de su brazo derecho sobre el pescuezo del ciervo, le estiró la piel, y con la mano izquierda y de un solo golpe le degolló.

Luego, con una fuerza que parecia superior á sus años, rodeó el ciervo aprovechando la accidentacion del terreno, y dejándole la degolladura hácia abajo, á fin de que se desangrase bien.

IV.

—Aún no deben estar mis hombres muy lejos, dijo Zayda Fatima; llamémoslos á fin de que se lleven la res.

Y sonó con gran fuerza su bocina, por una, dos y tres veces.

Al tercer toque resonaron acá y allá otras bocinas, y al cabo aparecieron seis de los hombres de Zayda Fatima.

—Llevaos eso, y que la comida esté preparada para el medio día; id: tomad y poned eso en mi caballo.

Y entregó la ballesta y la venablero, inútiles ya, á uno de los aventureros.

Despues se alejó con el monje negro, dejando asombrados á los suyos.

—¡Qué capitán! dijo uno de ellos; tan buena lanza como buen montero: parece increíble.

—Debe ser mucha persona nuestro capitán, dijo otro.

V.

El monje y Zayda Fatima se detuvieron á poca distancia de allí en un verde soto cruzado por un claro arroyo, y se sentaron sobre un banco natural de césped al pié de un gigantesco pino.

—Y bien, padre mio, dijo Zayda Fatima; ¿sois, en efecto, el conde don Lopé Diaz de Haro? creo que nada hay ahora que impida el que me respondais á esta pregunta.

—Sí; yo soy, por la misericordia del Señor, que ha querido que yo quede sobre la tierra para espiar mis crímenes: ¿y vos sois, en efecto, hija del rey moro de Granada, el buen Mojammet-el-Ansarí?

—¿Conoceis á mi padre, conde?

—Sí, allá en los tiempos del rey don Alfonso, por algunas diferencias que tuve con él, anduve huido y amparado en Granada: encontré en el rey vuestro padre un buen príncipe y un buen caballero; ¡lástima que sea infiel!

—¡Oh, buen padre mio! exclamó Zayda Fatima.

—Razon es que el jóven se dé á conocer antes que el anciano: ¿por qué estais en Castilla, en traje y armas de hombre y de soldado?

—Culpa ha sido del infame infante don Juan, como vos, refugiado en Granada, como vos amparado por mi padre, pero no como vos leal y caballero.

—La infamia es el alimento del infante don Juan, y habeis hecho muy mal en creerle y en seguirle.

—¡Creerle yo! ¡seguirle yo! ¡ah! no me conoceis: escuchad.

Y la infanta contó de nuevo la maraña de sus aventuras: cómo, una vez en la córte y amparada por la reina doña María, se vió obligada á huir del tenaz empeño del jóven infante don Juan Manuel, y de otra parte de las traiciones que previa en el infante don Juan, que dejada la usurpacion de Leon y de Gali-

cia, se habia sometido á la reina, y era generosamente honrado y favorecido por ella.

Conocemos hasta este punto la historia de Zayda Fatima. Oigamos lo que siguió relatando á don Lope.

VI.

—Pude haber revelado mi situacion á la reina; pude haberme amparado de un convento; pero ni quise afligir á mi buena madre con el continuo cuidado por mí, ni me creí segura tampoco tras los muros de un monasterio, del empeño del infante don Juan Manuel y del no menos terrible empeño del infante don Juan.

He tenido la desgracia de inspirar á los dos infantes una passion voraz que en nada repara; ¿ni qué retiro hay seguro en estos tiempos? Un rebelde seguido de un ejército de aventureros, ocupa una comarca, la devasta, cae sobre ella como una maldicion de Dios, dispone de todo, se apodera de todo, y nada respeta, ni aun á las vírgenes del Señor puestas bajo el amparo del santuario.

Pensé pues, y creo que pensé con razon, que lo mejor que podia hacer era perderme, y de tal manera, que ni aun la misma reina pudiese tener noticias de mí.

Yo habia traído de Granada un tesoro en las joyas que tenia sobre mí, cuando sorprendida por el infante don Juan me vi obligada, ó á perecer ó á seguirle. Y como siempre tenia tiempo de perecer, le seguí.

Las riquezas que traía conmigo consistian en doscientos riquísimos rubíes que componian las alhajas que me adornaban.

Una vez decidida á huir y á encubrirme, llamé á don Jonás, médico del rey, y le dije:

—Señor mio: vos, entre las gentes de vuestra raza, debeis conocer á alguno que tenga dinero bastante para comprar estas joyas.

Y se las mostré.

Don Jonás, que como todos los judíos, es avaro, se deslumbró á la vista de aquellas riquísimas alhajas, y se las llevó, prometiéndome el secreto, para mostrarlas á un pariente suyo y proponerle su compra.

Al otro dia vino, trayéndome en una gran bolsa de cuero quinientas doblas de oro de la Banda, que yo oculté.

Uno de los pajes de la reina, Garcerán de Solís, hacia mucho tiempo me habia dejado conocer, sin quererlo, que me amaba, con uno de esos amores que se convierten en la vida de quien los siente: el pobre jóven habia ido poniéndose pálido; su mirada habia adquirido una lucidez de esas que nos hacen estremecer si las vemos en una persona amada: yo necesitaba de un servidor leal; ¿y qué servidor mas leal para una mujer que el hombre que la ama?

VII.

Inmediatamente que recibí las quinientas doblas de la Banda, dije á Garcerán, á quien encontré en una solitaria galería del Alcázar Viejo de Valladolid:

—Quiero que me hagais un favor.

Garcerán se puso mucho mas pálido y tembló de los piés á la cabeza.

—¿Qué felicidad tan grande, señora, exclamó, poder haceros un favor! Vuestro soy, espada y brazo, alma y corazón.

—Basta, basta, le dije, no necesito tanto; lo que quiero es que secretamente me procureis vestidos de caballero hidalgo, ricos y galanos.

—Los tendreis, señora, hoy mismo.

Obliguéle á que tomara dinero para ello, y aquella tarde recibí en un pequeño cofre muy labrado, muy bello, un traje completo y rico de caballero.

Faltaban las armas; ¿pero qué importaba esto?

Cité para aquella noche á Garcerán junto á San Pablo, que es, como sabeis, el Alcázar Viejo.

El pobre mozo, Dios me perdone, debió concebir esperanzas. Pero era necesario arrostrar por todo: yo no podía permanecer en el alcázar, ni en lugar conocido: de una parte estaba empeñado por mí el infante don Juan Manuel, voluntarioso y audaz, como tan próximamente emparentado con la reina; de la otra me amenazaba el malvado infante don Juan, capaz de todo.

Era preciso huir.

VIII.

Al oscurecer de aquella noche escribí una carta para la reina, en que la decia que mis infaustos hados me separaban de ella; pero que yo velaria por ella desde la sombra.

Mis lágrimas habian borrado algunas letras de aquella carta.

—¿Pues qué, vos llorais? preguntó con asombro el conde don Lope.

—¡Desgraciado de aquel que no tiene en su corazon lágrimas! respondió Zayda Fatima; ¿por qué creer que el que llora es débil, y que el fuerte no puede ni debe llorar? Dios ha puesto las lágrimas en el corazon de todas las criaturas, y no hay una que no llore, fuerte ó débil, cuando su corazon se comprime.

—Yo no he llorado aún, dijo el conde.

—Pues si un dia llorais, contestó Zayda Fatima, alegraos, porque vuestras lágrimas serán el principio del perdon de Dios.

—Continuad, respondió profundamente el conde.

—Habia alejado de mí con varios pretextos á mis doncellas, dijo Zayda Fatima; me vestí con las ropas que me habia procurado Garcerán, me puse un antifaz y salí sin ser notada.

Junto á San Pablo encontré á Garcerán esperándome: estaba muy alentado, porque lo que yo hacia le parecia que lo hacia por él, que yo habia conocido al fin su amor, aunque él no me lo habia revelado, y que lo premiaba.

Yo le dejé en este error: necesitaba que guardase mi secreto.

Llevaba conmigo, abrumada por su peso, las quinientas doblas de la Banda.

IX.

Garcerán me llevó á casa de un judío mercader de armas, sedas y brocados.

Una vez allí, empecé por ajustar mi hospedaje por algunos dias, y despedí á Garcerán hasta el siguiente.

No debia volver á verme por entonces.

Apenas me quedé sola con el viejo Ishac, le dije:

—Abuelo: necesito al momento, para salir dentro de una hora de Valladolid, armas, caballos y escuderos armados y montados; por dinero no lo dejes: como mercader de armas debeis conocer á mucha gente de guerra: buscadme cuatro hombres bravos, viejos en lides y callados.

Tuve muy pronto todo lo que habia pedido.

El judío salió, y volvió á poco con cuatro aventureros de los muchos que andaban por Valladolid buscando sueldo.

Estos hombres traian cinco caballos.

Por cincuenta doblas compré armas para los escuderos y para mí, cubiertas para los caballos y ropa blanca; y antes de la hora de la queda, salia yo armada como me veis, al frente de mis cuatro escuderos, que ignoraban mi sexo, por el Campo Grande.

Quince dias hace que sucedió esto: he vagado por villas y caseríos, y al fin, hace cinco dias, me encontré con la banda de aventureros que se llaman los Hermanos de la Selva, que iban sobre Renedo, con la intencion de entrar la villa, y que habiéndome encontrado á mí, pretendian robarme.

Acometí á su capitan, y Dios me protegió: le maté.

Era la primera sangre que mis manos vertian; era la primera vez que probaba mi esfuerzo, y sin embargo, impuse terror á aquellos bandidos que me aclamaron por su capitan, y ya veis cómo me sirven.

X.

Anoche vino uno de ellos, que yo no conocia, de Valladolid con encargo del infante don Juan para el capitán difunto de cortar el camino al infante de Aragon don Pedro, y matarle.

Ya habeis visto lo que he hecho.

—Sabe Dios si habeis hecho bien ó mal; pero en lo que indudablemente no haceis bien, es en no atraer al infante don Juan, y hacer en él justicia, con lo que ganaria mucho el mundo, y principalmente la reina doña María y los reinos que están bajo su gobierno.

—Paréceme que sin que yo le llame, no ha de tardar mucho el día en que nos veamos frente á frente el infante don Juan y yo; en que yo cobre la injuria que me hizo penetrando en mi palacio de Granada; la violencia que ejerció contra mí obligándome á seguirle, por evitar una desdicha mayor: yo entonces aún no me habia desesperado, no habia probado mi corazón, no conocia la terrible fuerza que en él estaba oculta: yo adiviné que la intencion del infante era robar á mi padre; creí que todo ello seria asunto de un rescate; mi guardia habia sido degollada; en el hacha de armas de don Juan humeaba aún la sangre de mis servidores.

Siempre era tiempo de morir: pero mi padre se engañó; mi padre me creyó cómplice del crimen del infante, y cuando yo le escribí enviándole mi carta con un correo de la reina, me contestó con su maldicion, maldicion que no he merecido, y que sin embargo me aterra; porque siempre es terrible la maldicion de un padre.

Hé aquí, conde don Lope, que os he referido mi historia entera; referidme ahora si quereis la vuestra. Creo que Dios ha hecho que nos encontremos para algun alto designio.

—Yo lo creo tambien, contestó don Lope. Ahora oid,

CAPITULO XII.

HISTORIA DE UN TRAIADOR.

I.

El conde inclinó la cabeza sobre el pecho, y despues de algunos momentos de silencio la alzó y dijo:

—Soy hijo del décimotercero señor de Vizcaya don Alfonso Lopez de Haro y de doña Costanza de Bearne, hermana del conde de Bearne don Gaston.

Mi familia ha sido desde tiempo inmemorial poderosa é influyente, y lo es aún en los reinos de Castilla.

Sobre nosotros pesa una maldicion.

Nos vino por nuestra abuela doña María de Manrique, esposa del décimo señor de Vizcaya don Diego Lopez.

Esta señora, olvidada de Dios y de sí misma, se huyó con un hombre bajo, amancillando la prez y limpia fama de su familia.

Y bien creo que, á pesar de sus culpas, debe haberla perdonado Dios, porque arrepentida, hizo una áspera vida penitente,